

EL MAQUINISTA

Puedo hablar con conocimiento de causa – desde la distancia además, y con perspectiva; desde el recuerdo emocionado –, no a humo de paja, sé muy bien lo que me digo. El que quiera oír que sólo oiga, pero el que escuche, mejor todavía, porque la cosa va de cuento, un cuento que tiene, creo yo, su aquél, su intrínquilis y su enredo. Su busilis, vamos. Es el caso que yo fui maquinista, no de La General, claro – tampoco hay que exagerar –, sino de los Ferrocarriles del Norte de España, ahí es nada, la empresa de *Caminos de Hierro* con más solera de las tres o cuatro existentes entonces, cuando la Renfe no era Renfe, sino sólo un futurible, ni siquiera un proyecto. Yo era maquinista, ya digo, maquinista para andar por casa, de brocha gorda como si dijéramos, de los de antes de la guerra. Sí, eso es, exacto, de *nuestra guerra*, no una guerra al uso sino, repito, de *la nuestra* – de la incivil para entendernos –, aquélla en la que hace muchos, muchos años, hubo alrededor de un millón de muertos Un millón justo según José María Gironella. No es un plato de gusto, lo reconozco, andar hurgando en los entresijos de la memoria, dándose de bruces con recuerdos, tristes las más de las veces, agridulces otras, y hasta alegres y reconfortantes en ocasiones. En todo caso considero nocivo pretender ocultarlos, encerrándolos bajo candado de siete llaves, y aquí no ha pasado nada. Ha pasado, entre otras cosas, más de medio siglo, que se dice pronto, muchas vidas truncadas, ilusiones rotas, familias desgajadas o diezmadas, exilios, privaciones, calamidades, y un largo etcétera. Más saludable es sacar a la luz a unos y otros – a los recuerdos, buenos y menos buenos, quiero decir –, ventilarlos para ahuyentar las polillas y los fantasmas y, de paso, decir algunas verdades, nunca la Verdad – tremenda palabra –, faltaría más. Ésta es, al menos, la norma de la casa. Apenas llevaba trabajando unos meses – seis o siete si recuerdo más o menos bien – atizando el hogar, repasando tornillos, ruedas, ejes, bielas, engrasando aquí y allá – por los calentones, a ver –, no como ahora, que se da a un botoncito, a una llave, a un interruptor, y hale, como una seda, a correr, y tira millas, que ancha es Castilla, como si tal cosa. Entonces, no. En aquellos tiempos, ya digo, había que estar, ojo avizor, pendiente de todo, y cuidar la máquina – o sea, el invento – al máximo, porque al menor desajuste, a un rozamiento de más, a una cuestecita de nada, pues eso, el artilugio empezaba a protestar, despedía vapor a toda máquina –nunca mejor dicho –, resollaba con gran estrépito cual dragón herido de muerte, vomitaba bocanadas de humo y de carbón a medio quemar y, por último, se paraba a tomar un respiro, tan tranquila. Y que nadie la molestase, porque la

verdad es que era muy suya. No daba su brazo a torcer por nada del mundo. Todo lo más un poco de aceite por aquí, otro poco por allá, y una pizca, sólo una pizca, por acullá. Y descanso, mucho descanso, eso sí que lo agradecía de veras. Y después vuelta a empezar. Pues bien. Con aquella máquina de mis entretelas – yo la quería a pesar de todo, y la cuidaba y mimaba como a un hijo desvalido – tenía que vérmelas todos los días y recorrer unos centenares de kilómetros por la yerma, seca reseca, meseta castellana –Segovia, Valladolid, León, Burgos, Zamora, Salamanca –, o a veces – raras veces, esa es la verdad –, aventurarme hacia el norte, hacia las montañas, hacia el verde que te quiero verde, hasta el mar, Asturias y Santander, sobre todo. El País Vasco, no. Aquello – las provincias vascongadas, como se decía entonces – estaba reservado por los altos mandos a los más veteranos, en cuyas expertas manos depositaban la confianza del buen uso de las locomotoras más modernas, último modelo, Diesel a veces, con refrigerador, dinamo, y su cuadro de mando que no había más que ver, todo tan aparente. No llegué a tener la suerte – y bien que lo siento – de tener entre mis manos esas máquinas maravillosas, capaces de ir a noventa por hora – o más –, aunque pensándolo bien nunca me hubiese acostumbrado a separarme de mi vieja locomotora – la *vieja*, como yo la llamaba cariñosamente –, lenta, eso sí, pero servicial y segura. Un día – cómo me acuerdo todavía, coño, que hay cosas que no se olvidan así pasen alrededor de sesenta años –, serían las veinte horas (las ocho de la tarde para los no iniciados), y me disponía a emprender la jornada. Salí de casa, lo recuerdo muy bien, contento y optimista, como casi siempre, esa es la verdad, y empecé a caminar sin prisa, despaciosamente, camino de la estación. Se ve que el tiempo, espléndido, invitaba al sosiego, a la calma, y a la tranquilidad de las conciencias. Eso creía yo al menos aquella tarde de verano. Me crucé en el camino con vecinos y conocidos, y a todos les saludé exultante, pero, curiosamente, no fui correspondido como de costumbre. Silencio sólo escuché, o sea nada, y si acaso adiviné en sus caras como un rictus de preocupación y tristeza, o un gesto inexpresivo y polivalente que, naturalmente, no supe interpretar. Estaba llegando cuando veo al jefe que viene a mi encuentro:

– ¿Te has enterado, Dámaso?

– ¿De qué tengo que enterarme? – pregunté a mi vez. Yo sin comprender nada, a ver, natural.

– Se oyen rumores de que ha habido una sublevación de los militares – me contestó escuetamente, sin más.

– ¿Otra vez los militares? Joder con los militares – me salió como un disparo. Bueno, como un disparo, no, también son ganas de mentar la sogá en casa del ahorcado, y me quedé mirándole. También él mi miraba, como interrogándome, mientras se iba formando un corrillo a nuestro alrededor.

– ¿Qué hacemos? – dijo, y yo preguntándome a mí mismo qué había que hacer en un caso así.

– Mira, Antonio, lo que hay que hacer, cuanto antes –aposté fuerte, ingenuamente, sin calcular las consecuencias de la jugada, repitiendo, más o menos, lo que El Maestro, cuando iba a ser entregado, le dijo a Judas, sólo que ahora no había, ni mucho menos, delación por medio, sino compañerismo y lealtad –. Además, sólo son rumores ¿no?

– Pero rumores insistentes – terció Juan, un buen chico este Juan, en serio –. Se dice que se trata del general ese de Africa, el de la Legión...este... ¿cómo se llama?...Pues que no me acuerdo. Bueno, es igual.

Entró el jefe en la oficina para atender el teléfono, y al rato salió.

– Viene un tren con soldados. Está al llegar – dijo, y se le notaba nervioso, ya lo creo que estaba nervioso, no era para menos, la verdad.

De pronto vimos aparecer allá, al fondo, el convoy envuelto en una nube de humo blanco, y gris, y negro – sobre todo, negro –, silbando una vez (las máquinas, entonces, no pitaban; silbaban), luego dos, y de nuevo lo mismo, como en morse, monótona, incansablemente. Se fue acercando poco a poco, como con miedo – el que sin duda nos sobraba a nosotros – y en seguida pudimos ver seis u ocho vagones repletos de soldados, agolpados en las ventanillas, subidos en los techos, arracimados en los estribos, por todas partes, agitando fusiles y pistolas, gritando y coreando no sé qué consignas, proclamas, vivas y mueras, cosas. Se paró el tren al fin mientras el ruido se hacía ensordecedor: el chirriar de las ruedas al frenar sobre los raíles; el resoplar del vapor escapando por todas partes, envolviéndolo todo; el humo, negro, ascendiendo hasta la marquesina de la estación; y las voces de los soldados, chillonas, frenéticas, desgarradas, lanzadas contra algo, contra alguien. O a favor, según soplasen los vientos.

Un soldado luciendo unos galones, o entorchados, o algo similar, qué sé yo – el que, al parecer, mandaba la partida –, bajó de un salto al andén.

– Arriba España – dijo, sin venir a cuento, por todo saludo, mientras levantaba el brazo – derecho, por supuesto –, la palma de la mano abierta hacia el suelo, y se quedó mirándonos, desafiante –. Eh, tú, el de la gorra – se dirigió al jefe –.Necesito un

maquinista. El que tenemos ahí arriba se nos acaba de cagar por la pata abajo – dijo, al tiempo que una atronadora carcajada se desparramaba a los cuatro vientos.

– Yo tengo que sustituirle – dije con alguna serenidad, avanzando un paso. El tío aquel me miró de arriba abajo. Después dio un taconazo y se puso a gritar:

– Arriba España – repitió como un energúmeno, qué manía, mientras me taladraba con la mirada –. A ver, ahora tú. Saluda – me ordenó.

– ¿Qué tal? ¿Cómo está usted? – dije ingenuamente.

– ¿Habéis visto, muchachos? – y prorrumpió en una risotada –. Arriba España – bramó recalcando cada sílaba, alargando hasta el infinito las vocales –. Vamos, amiguito, no te hagas el tonto.

Naturalmente, no me hacía el tonto. En aquel momento yo era una especie de corderillo ingenuo e indefenso, convencido de que podía ser degollado en cualquier momento, y condenado, además, si Dios no lo remediaba, a alcanzar la santidad con la mayor resignación.

– Arriba España – me salió a trompicones, con un hilo de voz, al tiempo que levantaba el brazo – el derecho, eso sí, menos mal – tímidamente.

– ¿Qué os parece? – y se volvió a sus hombres –. Arriba España –, insistió – qué perra había cogido el tío –, atiplando la voz, y de nuevo soltó una carcajada que contagió a los demás –. Pero si parece una damisela ¿no os parece? – y sin esperar respuesta se volvió hacia mí.

– No se oye nada. Más fuerte, vamos – ordenó –. Y ese brazo, más alto.

– Arriba España – voceé con todas mis fuerzas, como si me fuese la vida en ello, a la desesperada, mientras levantaba el brazo hacia el cielo, hacia las estrellas, hacia los luceros, hacia las montañas, sin nevar todavía, hacia el vacío, hacia la nada.

– Bueno, eso está un poco mejor, pero hay que mejorarlo – dijo –. Sobre todo el estilo. Con marcialidad, con elegancia. Así – y volvió a los gritos de rigor, qué afición tenía el tío, no he visto nada igual, a sus ademanes, a sus posturas, a su exhibicionismo. Sí, yo creo que aquello era puro exhibicionismo. Sacó la pistola y me conminó:

– Ahora tú – y yo muerto de miedo. Y a punto de cagarme también, qué remedio.

Pero de pronto surgió la peripecia. De entre el enjambre de soldados, muy cerca de nosotros, se oyó una voz potente.

– Eh, tú, deja en paz a ese pobre hombre y vámonos. Tenemos prisa, tú lo sabes – y se plantó en el andén de un salto.

De buena gana le hubiese dado un abrazo a aquel soldado – mi ángel de la guarda, pensé –, aunque lo de pobre hombre no me llenase de orgullo precisamente. Pobre y hombre – así, por separado – sí, y a mucha honra, y aún hombre pobre – junto –, bueno, también, pero lo de pobre hombre pues no, pero tuve que transigir, más que nada por no enredar más las cosas.

– Alto ahí, soldado – replicó el cabecilla, y se revolvió hacia el intruso –. ¿Qué maneras son esas? – y se plantó frente a él –. Aquí el único que puede berrear soy yo – berreó, en efecto, y de qué manera –. Nadie te ha dado vela en este entierro. Así que a callar.

– Tenemos cosas más importantes que hacer que estar aquí mareando la perdiz, perdiendo el tiempo... – no pudo continuar.

– Chitón he dicho – le interrumpió, mientras le apuntaba con la pistola.

El soldado se quedó quieto, como petrificado, mientras el corifeo se volvía, dando la espalda al rebelde e inoportuno soldado. Reaccionó éste al instante, se encorvó un tanto, como para iniciar una carrera, fijó cabalmente su objetivo, y así permaneció unos segundos, calculando, observando, midiendo la distancia quizás, y en seguida se lanzó, ágil, con violencia increíble, contra su conmlitón. Recibió éste la embestida y salió despedido, trompicado, hasta dar con sus huesos en el suelo. Se revolvió sin embargo con la agilidad de un felino, apuntó su arma y disparó una, dos, tres veces. Sí – de esto estoy seguro, me acuerdo perfectamente –, hasta tres veces oí el restallar de la detonación. Y tres veces también el soldado se estremeció, intentó sujetarse a algo, a alguien, pero encontró el vacío y cayó por fin de bruces al suelo.

Se produjo un silencio denso y pesado. Sólo se oía el resollar de la máquina, medio dormida, descansando – ella a lo suyo –, reponiendo sabiamente sus fuerzas para proseguir el camino. Todos mirábamos, impotentes, al soldado caído, inmóvil, sin que nadie osase mover un dedo. De mí sé decir que me entró un miedo de miedo y que empecé a temblar como un condenado. Hasta creí que me iba a desmayar y todo. De pronto el líder se incorporó, miró al soldado, se sacudió la ropa, y voceó, se ve que siempre voceaba aquel hombre, debía ser la consigna, la disciplina, o probablemente algún complejo oculto e inconfesable:

– Hale, vámonos, muchachos – y miró a sus hombres. Después se volvió hacia mí –. Vamos, amigo, te ha tocado gobernar este cacharro.

Me sentí herido en mi amor propio y sacando ánimos de qué sé yo dónde me acerqué al soldado caído e intenté incorporarlo. Inútilmente, porque en seguida vi que

estaba malherido e inconsciente, manchado de sangre y barro y, además, mis fuerzas flaqueaban.

– Hay que atender a este chico – grité. Bueno, creo que sólo fue un susurro–. Se está desangrando.

– Pamplinas – dijo con imperio el caudillo –. Se lo tiene merecido. Eh, tú – se dirigió al jefe de estación –. Encárgate de él ¿entendido?

Permaneció éste quieto y en silencio, mirando al suelo, sumiso, como aceptando el inapelable veredicto.

–Vámonos de una vez –voceó de nuevo el capitán, o comandante, o sargento, o lo que fuese, qué más da, y se encaramó al tren –. Eh, tú, vamos, sube a este cacharro – me dijo, y tuve que tragarme la rabia y la humillación de oír insultar a *la vieja*, a mi vieja.

Me dispuse a subir – ya había escalado el primer peldaño – cuando oigo la voz, firme y enérgica, de alguien:

– Alto ahí, señor soldado – gritó el jefe; sí, sí, era el jefe de estación, joder qué sorpresa, me resistía a creerlo. Su voz más parecía proceder de descomunal gigante que de su figura breve y desgarbada –. No estoy dispuesto a pasar por esto. Exijo una reparación – concluyó, y el eco de sus palabras quedó flotando en el aire enrarecido.

– Pero vamos a consentir que un mequetrefe...–, le interrumpió el cabecilla y promotor, al tiempo que un coro de voces desaliñadas – fuera, fuera, gritaban – atronaba el espacio en señal de aprobación –. Ya lo ves, amigo. Haz como te digo o tendrás que tragarte tus palabras.

– De ninguna manera – se mantuvo, terne, el jefe de estación en su protesta –. Esto es un atropello.

– Qué atropello ni qué niño muerto – contestó desde su ventaja “el graduado”–. Venga, ya está bien de sentimentalismos. Vámonos de una puta vez – gritó de nuevo ¡cómo no!, en tanto que me miraba, apremiándome.

Accioné el freno de aire comprimido, abrí la caja de distribución de vapor, hice pasar agua desde el ténder a la caldera, giré la manivela, y la locomotora empezó a moverse, resoplando, despidiendo humo por todos sus poros y lanzando al aire quejidos y ayes lastimeros que movían a compasión. También *la vieja* entendía, creo yo, lo que estaba pasando. Nunca en su dilatada carrera habría pasado por un trance semejante. Mientras se deslizaba el convoy me quedé mirando al andén. Y pude ver a Antonio que levantaba la cabeza del soldado; después me miró, y se cruzaron nuestras miradas, pero

no estoy seguro de que nos viésemos siquiera. Poco a poco la estación se fue haciendo más pequeña hasta quedar reducida a apenas un punto. Miré hacia delante y sólo vi dos rectas paralelas que, a pesar de todo, se encontraban en el horizonte. Y entre éste y la estación, el tren, la máquina, *la vieja*, que parecía que volaba ahora, como huyendo. Y yo, cuidándola, pendiente de todo como siempre, pero con un intenso dolor en el alma. Un dolor que fue cediendo poco a poco hasta quedar reducido a sólo un recuerdo, una añoranza, quizás unas cenizas – ni siquiera un rescoldo – y, como mucho, una batallita que contar el día de mañana, pero que probablemente no escuchará nadie. Qué se le va a hacer. Una pena.

Fin

Jesús Sanz Perrón